

Francisco Fernández Carvajal

22 de julio

SANTA MARÍA MAGDALENA\*

*Memoria*

- Nos enseña a buscar a Jesús en toda circunstancia.
- Reconoce a Jesús cuando la llama por su nombre. Su alegría ante Cristo resucitado.
- Es enviada por el Señor a los Apóstoles. La alegría de todo apostolado.

I. *Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; // mi carne tiene ansia de ti, // como tierra reseca, agostada, sin agua*<sup>1</sup>, leemos en el *Salmo responsorial* de la Misa.

Al cabo de veinte siglos resultan conmovedores la delicadeza, la fidelidad y el amor de María Magdalena por Jesús. San Juan nos narra en el Evangelio de la Misa<sup>2</sup> cómo esta mujer se dirigió al sepulcro en cuanto se lo permitió el descanso sabático, *cuando todavía estaba oscuro*, en busca del Cuerpo muerto de su Señor. Él la había librado del Maligno<sup>3</sup> y la gracia fructificó en su corazón, siguió fielmente al Maestro en algunos de sus viajes apostólicos y le sirvió generosamente con sus bienes. En los momentos terribles de la crucifixión permaneció en el Calvario<sup>4</sup>, cerca de quien la había curado de sus males. Es más, cuando depositaron a Jesús en el sepulcro, ella permaneció cerca haciéndole compañía, como hemos hecho nosotros quizá junto al cadáver de una persona amada. Lo consigna San Mateo: *Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro*<sup>5</sup>.

Pasado el sábado, al alborar el día primero de la semana<sup>6</sup>, se dirigió con otras santas mujeres al lugar donde se encontraba el Cuerpo de Jesús, para embalsamarlo. Pero el Señor ya no está allí: ¡ha resucitado! Ve la piedra corrida y el sepulcro vacío; *entonces echó a correr, fue a Simón y al otro discípulo al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto*<sup>7</sup>. Pedro y Juan salieron corriendo hacia el sepulcro vacío. San Juan

nos cuenta que aquel momento fue definitivo en su vida: *vio y creyó*<sup>8</sup>. Ambos Apóstoles *se volvieron de nuevo a casa*<sup>9</sup>, pero María se quedó allí, llorando por la ausencia del Cuerpo del Maestro. Con una tristeza indefinible, sin creer aún en la Resurrección, persevera, no se quiere separar del lugar donde vio por última vez el Cuerpo adorable del Maestro.

Nosotros consideramos hoy «la intensidad del amor que ardía en el corazón de aquella mujer, que no se apartaba del sepulcro, aunque los discípulos se habían marchado de allí. Buscaba al que no había hallado, lo buscaba llorando y, encendida en el fuego de su amor, ardía en deseos de aquel de quien pensaba que se habían llevado. Por esto ella fue la única en verlo entonces, porque se había quedado buscándolo, pues lo que da fuerza a las buenas obras es la perseverancia en ellas»<sup>10</sup>. No dejemos nosotros de buscar siempre a Jesús; también en los momentos en los que, si el Señor lo permite, el desaliento o la oscuridad penetren en el alma. No olvidemos nunca que Él siempre está muy cerca de nuestra vida, aunque no lo veamos. Siempre está cercano, porque, como dice el Apóstol, «*Dominus prope est!*» - el Señor me sigue de cerca. Caminaré con Él, por tanto, bien seguro, ya que el Señor es mi Padre..., y con su ayuda cumpliré su amable Voluntad, aunque me cueste»<sup>11</sup>.

II. Por su perseverancia en buscarle, por su gran amor, María Magdalena recibió el don de ser la primera persona a la que Jesús se apareció<sup>12</sup>. Al principio, María no reconoció a Jesús, a pesar de estar a su lado. San Juan nos dice que *se volvió atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús*<sup>13</sup>. A pesar de que le habló no se dio cuenta de que era Cristo vivo! quien estaba a su lado: *Mujer* le dijo el Señor, *¿por qué lloras? ¿A quién buscas?*<sup>14</sup>, Las lágrimas no la dejaban ver al Maestro, a quien adivinamos sonriendo, feliz con el encuentro, como cuando se dirige a nosotros, que le buscamos sin cesar, porque Él es el mismo entonces y ahora. *Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde le has puesto y yo lo recogeré*<sup>15</sup>. Entonces, Jesús la llamó por su nombre, con la entonación propia que el Maestro empleaba cuando se dirigía a ella. *Jesús le dijo: ¡María!*<sup>16</sup>. Todos los nubarrones, almacenados en su corazón desde tres días atrás,

desaparecieron de golpe. «¡Cuántas penas interiores, cuántos tormentos del espíritu causados por un gran amor y para los que parecía no haber consuelo, se han deshecho como la espuma ante una sola palabra de Jesús!»<sup>17</sup>. ¡Tantas veces! Y como un río incontenible, como si todo hubiera sido una pesadilla, María le mira y le dice: *Rabboni!* ¡Maestro!<sup>18</sup>. San Juan ha querido dejarnos, como si fuera una realidad intraducible, el término hebreo, familiar, con el que tantas veces le llamó.

«Se le buscaba muerto comenta San Agustín-, y se presentó vivo. ¿Cómo vivo? La llama por su nombre: *María*, y ella responde al instante nada más oír su nombre: *Rabboni*. El hortelano pudo haber dicho "¿A quién buscas? ¿Por qué lloras?"; *María*, en cambio, solo Cristo podía decirlo. La llamó por su nombre el mismo que la llamó al reino de los cielos. Pronunció el nombre que había escrito en su libro: *María*. Y ella: *Rabboni*, que significa "Maestro". Ya había reconocido a quien la iluminaba para que lo reconociera; ya veía a Cristo en quien antes había visto a un hortelano. Y el Señor le dijo: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre (Jn 20, 17)*»<sup>19</sup>.

¡Cómo desaparecen nuestros pesares cuando descubrimos a Jesús vivo, glorioso, que está a nuestro lado y que nos llama por nuestro nombre! ¡Qué alegría encontrarle tan próximo, tan familiar, poderle llamar con nuestro acento peculiar, que Él bien conoce! Nuestra oración es nuestra dicha más profunda. Y también el soporte donde se apoya la vida entera. No dejemos de buscarle si alguna vez no le vemos; si perseveramos, Él se hará encontradizo con nosotros y nos llamará por el apelativo familiar, y recobramos la paz y la alegría, si la hubiéramos perdido. Una sola palabra de Jesús nos devuelve la esperanza y los deseos de recomenzar. No olvidemos, en ninguna situación, que «el día del triunfo del Señor, de su Resurrección, es definitivo. ¿Dónde están los soldados que había puesto la autoridad? ¿Dónde están los sellos, que habían colocado sobre la piedra del sepulcro? ¿Dónde están los que condenaron al Maestro? ¿Dónde están los que crucificaron a Jesús... Ante su victoria, se produce la gran huida de los pobres miserables.

»Lléname de esperanza: Jesucristo vence siempre»<sup>20</sup>. También vence en nuestra vida, triunfa sobre aquellos defectos y flaquezas que podrían parecer inamovibles.

III. Después de consolar a María, Jesús le da un mensaje para los Apóstoles, a quienes llama con el apelativo entrañable de hermanos. *Y fue María Magdalena y anunció a los discípulos: ¡He visto al Señor!*, y a continuación les contó todo lo que había sucedido<sup>21</sup>. Nos imaginamos la alegría con que María pronunciaría estas palabras: *¡He visto al Señor!* Es el gozo y alegría de todo apostolado en el que anunciamos a los demás, de mil formas distintas, que Jesús vive. Y comenta Santo Tomás de Aquino: «Por esta mujer, que fue la más solícita en reconocer el sepulcro de Cristo, se designa a toda persona que ansía conocer la verdad divina y, por tanto, es digna de anunciar a los demás el conocimiento de tal gracia, como María lo anunció a los discípulos, para que no deba ser reprendida por haber escondido el talento». Y concluye el Santo Doctor: «No se os ha concedido este gozo para que lo ocultéis en el secreto de vuestro corazón, sino para enseñarlo a los que aman»<sup>22</sup>, para publicarlo a los cuatro vientos. Quien encuentra a Cristo en su vida, lo encuentra para todos. La noticia de la Resurrección se propagó como un incendio en los primeros siglos; los cristianos eran conscientes de ser portadores de la *Buena Nueva*, los discípulos gozosos de Aquel que murió por todos y resucitó al tercer día, *como había predicho*. Eran un pueblo feliz en medio de un mundo triste; y su alegría, como la nuestra, procedía de estar cerca de Cristo vivo. El apostolado es siempre la comunicación de un mensaje alegre, el más gozoso de todos.

Hoy pedimos a Santa María Magdalena que nos alcance del Señor su amor y su perseverancia en buscarle. Y que ya que a ella, *antes que a nadie*, le confió *la misión de anunciar a los suyos la alegría pascual*, nos conceda a nosotros la alegría de *anunciar siempre a Cristo resucitado y verle un día glorioso en el reino de los cielos*<sup>23</sup>. Allí le contemplaremos, también a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, que nunca se ha separado de nuestro lado. Y veremos con particular gozo a todos aquellos a quienes anunciamos, a través tantas veces de la amistad, que Cristo resucitado sigue entre nosotros.

**1** Salmo responsorial. *Sal* 62, 2. — **2** *Jn* 20, 1-2; 11-18. — **3** *Lc* 8, 2. — **4** Cfr. *Mt* 27, 56. — **5** *Mt* 27, 61. — **6** Cfr. *Mt* 28, 1. — **7** *Jn* 20, 2. — **8** Cfr. *Jn.* 20, 8. — **9** *Jn* 20, 10. — **10** LITURGIA DE LAS HORAS, *Segunda lectura*. SAN GREGORIO MAGNO. *Homilías sobre los evangelios*, 25, 1-2. — **11** Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 53. — **12** *Mc* 16, 9 — **13** *Jn* 20, 14. — **14** *Jn* 20, 15. — **15** *Jn* 20, 15. — **16** *Jn* 20, 16. — **17** M. J. INDART, *Jesús en su mundo*, Herder, Barcelona 1963, p. 124. — **18** *Jn* 20, 16. — **19** SAN AGUSTÍN, *Sermón* 246, 3-4. — **20** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, Rialp, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid 1987, n. 660. — **21** Cfr. *Jn* 20, 18. — **22** SANTO TOMÁS, en *Catena Aurea*, vol. VIII, p. 400. — **23** Cfr. *Oración colecta* de la Misa.

\* Era originaria de Magdala, pequeña ciudad de Galilea al noroeste del lago de Tiberíades. Formó parte del grupo de mujeres que seguía a Jesús y le atendía con sus bienes. Estuvo presente en el Calvario y, en la madrugada del día de Pascua, tuvo el privilegio de ser la primera, después de la Virgen, que vio al Redentor resucitado, a quien conoció cuando la llamó por su nombre. Su culto se extendió considerablemente en la Iglesia de Occidente durante la Edad Media. No parece probable que fuera la misma que aquella que derramó sobre los pies de Jesús un frasco de alabastro en casa de Simón el fariseo.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.